

confia aun de aquello mismo en que nada hay que temer: el exceso, pues, de este temor, induxo à Herodes à ordenar la muerte de tantos niños, temiendo se le escapase el que era objeto de sus inquietudes, porque si el miedo le hubiera dexado reflexionar, hubiera pensado que un Niño, cuyo nacimiento havia anunciado el Cielo con una Estrella milagrosa, cuya grandeza habian publicado anticipadamente todos los Profetas, y que havia sido prometido à los Judios por el mismo Dios, que venció à Pharaon, y à todo Egypto, no podia estar expuesto à los golpes de su crueldad, y que mas debia pensar en ganar su afecto, que en perseguirle en la cuna.

¿Es posible, Herodes, que te hayas de armar contra el Cielo, y contra el Dios de los Exercitos? ¿Has de querer trastornar las ideas del todo Poderoso, y hacer vanas todas sus promesas? Haviendose cumplido la prediccion de los Profetas, acerca del nacimiento del Mesías, ¿has de querer tú falsificar los milagros de su vida, que anunciaron los mismos Profetas? ¿Has de querer desvanecer los proyectos del Altisimo, y que tenga mas poder tu politica que su providencia? Si Herodes hubiera estado en su acuerdo, sin duda hubiera hecho todas estas reflexiones, porque no obstante su crueldad, era un Principe dotado de singular talento; pero el miedo turbó su razon, y asi, no se debe esperar de él mas que unas acciones de un insensato; y lo que mas admira es, que aun no quedase tranquilizado su espíritu con la horrible carnizeria que hizo executar; quisiera introducir su furor en todos los estados la misma desolacion que en el suyo; hasta su propio hijo

jo le asustaba, y, como refieren los Historiadores, le sacrificó à las mismas sospechas, que fueron causa de que diese muerte à tantos inocentes.

¡Qué prodigio, Catolicos! ¡Un Niño de seis dias dà tanto miedo à uno de los mas habiles, y poderosos Reyes del Asia! Si este Niño hubiera nacido entre la Purpura, y en medio de un Exercito entregado à su servicio, no seria tanto de estrañar; pero si ha nacido en un establo, y sin que Cortesano alguno haya acudido al servicio de su Real persona, ¿qué hay que temer de él? Es verdad que en sus ojos, y en su frente se advierten unas señales de su poder, que pueden atemorizará el alma del Tyrano, pero Herodes no le ha visto, ni tiene mas noticias de él, que haverle oído nombrar: pero esto basta, Señores, porque todo vasallo fiel respeta hasta el nombre de su Soberano, y los subditos rebeldes tiemblan al oír el mismo nombre. Desde el instante en que nació el Rey de los Reyes, tienen ya todos los Principes un Soberano legitimo, y los malos Principes un Juez severo: y por consiguiente, todos los Principes deben empezar à humillarse, y los malos à temer.

Si Jesus, estando todavia en la cuna, hace temblar à los mayores Monarcas, ¿qué será quando se dexen ver de todo el mundo, sentado sobre su Trono? Esta reflexion es de San Agustin, en un Sermón acerca de este Misterio. *¿Quid erit Tribunal judicantis, quando superbos Reges cuna terrebat infantis?* Jesu-Christo es muy poco amado del mundo, no lo estraño, porque los hombres, regularmente, solo se aman à sí mismos: lo que me admira es,

que siendo todos tan propensos al temor, solamente à Dios no teman: pero sabed, Catolicos, que solamente Dios es temible: porque ¿qué daño podrán hacerme todas las potestades del mundo, si el Señor me ampara, y me protege? Y si el Señor se indigna contra mí, ¿qué poder podrá librarne del suyo? ¿Pueden los hombres hacerme mal alguno, que si yo quiero no se convierta en mi propio bien? ¿Qué bienes pueden quitarme, que no me sea muy util el perderlos por Dios, y cuya pérdida no sea para mí una gran riqueza en su presencia? Qualquiera desgracia que me suceda, si salvo mi alma, nada pierdo: mi alma no está expuesta, ni à la injusticia, ni à la violencia de los hombres; y por el contrario, por grandes que sean mis prosperidades, si pierdo mi alma, todo lo pierdo; y esta pérdida solamente depende del poder de Dios.

Venid, pues, hombres tímidos, cuya alma está continuamente agitada de vanas desconfianzas, è inútiles temores; vosotros, los que voluntariamente os haceis esclavos de otros hombres, de sus pasiones, de sus deseos, y aun de sus pensamientos: *Ostendam vobis quem timeatis*, yo os enseñaré à quien haveis de temer: temed al que en cada instante puede quitaros la vida, y haceros infelices por toda la eternidad: decidme, ¿qué poder hay humano, ò celestial, que pueda sacar del sepulcro el cuerpo de un Monarca, ò de un Principe à quien Dios ha despojado ya de la vida, y le ha entregado à que sea presa de los gusanos, y de la corrupcion? ¿Qué Rey, ò qué Soberano puede quitar à los Demonios el alma de aquel hombre à quien el Señor acaba de pre-

cipitar en el infierno? Pues este es el Señor à quien debeis temer: el mismo Jesu-Christo os lo dice: *Timete eum, qui postquam occiderit, habet potestatem mittere in gebennam: ita dico vobis, hunc timete.*

Acaso me direis, que es triste cosa haver de vivir siempre poseídos de este temor: pero distinguid con migo, Catolicos, dos especies de temor; el temor de un hombre malo, ò por mejor decir, usando del estilo de S. Agustin, el temor de una muger, cuya vida es desarreglada, que siempre está temiendo ser cogida en su delito, y muerta desgraciadamente à manos de un marido zeloso; si le vé despues de algun tiempo de ausencia, se asusta, y à la menor señal que dá de enfado, ò de inquietud, ya se cree descubierta: confieso ingenuamente, que no hay cosa mas cruel que este temor; pero el temor de una muger, ocupada siempre en sus obligaciones, cuidadosa de agradar à un esposo à quien ama, y de quien sabe que es amada, este temor es tan agradable, como razonable, y justo; y así, si no estamos absolutamente desesperados, no podemos menos de temer à Dios de uno de estos dos modos: mirad, pues à cuál de los dos temores quereis entregar vuestro corazon: si no temeis ofender à Dios, debeis temer el que su Magestad os condene: esto lo puede hacer en cada instante, porque vuestra alma, y vuestro cuerpo están en sus manos, y no hay mas que un solo paso entre vuestra vida, y el sepulcro; y si sois enemigos de Dios, morir, y ser condenados, será para vosotros una misma cosa.

¿Es posible que siempre he de estar viendo el infierno abierto debajo de mis pies? ¿Siempre que

truene el Cielo he de tener motivo para pensar que van à caer sobre mí sus rayos? ¿No me he de hallar solo instante alguno, en que mi imaginacion turbada no me represente mil fantasmas, y mil funestas ideas? ¿Cada vez que tropiece, me ha de parecer, que vá à abrirse la tierra, y que la mano de Dios me sepulta en los abismos? ¿Al acercarse la noche, se me ha de representar siempre el horror de mis delitos, y qualquiera leve soplo, qualquiera sombra me ha de atemorizar? ¿No he poder entregarme al descanso del sueño, sin que se me figure, que me quedo dormido entre los brazos del Demonio, y que acaso, desde mi cama, seré llevado à una cama de fuego, ò arrojado en unos estanques de azufre derretido? *Confige timore tuo carnes meas.* ¡Ah, Señor! gravad en mi corazon los rasgos mas vivos de vuestro temor, y haced que siempre me acompañe; pero sea aquel temor que se funda en el amor, y que es el mas suave consuelo del alma, como dice el Profeta: *Timor Domini delectabit cor, & dabit lætitiã, & gaudium, in longitudinem dierum*, aquel temor, que lejos de acobardar al espiritu, le asegura, y tranquiliza; aquel temor que destierra todos los demás temores, que nos hace intrepidos en los peligros, y que dá valor para despreciar la muerte, y aun para desealarla: haced, ò Dios mio, que yo tema ofenderos; que nada tema tanto como esta desgracia, pues à la verdad, nada debe temerse sino esto: un temor de esta naturaleza, es un temor saludable, y libra de los mismos males que se temen.

Ya haveis oído, Catolicos, unas pruebas muy evi-

evidentes de la autoridad, y poder que el nuevo Rey tiene sobre los demás Reyes: veamos ahora como solamente con dexarse ver su Magestad Real, basta para hacerse respetar.

PUNTO TERCERO.

NO ignorais, Señores, que el Verbo Eterno se unió à la humanidad santa del Salvador, y que la hizo participe de sus infinitas perfecciones: que desde entonces el hombre fue poderoso, inmenso, inmortal, y sabio como Dios, porque Dios, y el hombre no eran mas que una sola persona: pero además de estas divinas perfecciones, dotó el Criador al alma de Jesu-Christo de unas prendas naturales, y sobrenaturales, proporcionadas en algun modo à la divinidad à que estaba unida; de modo, que aun considerando separadamente su humanidad, estaba dotado de una bondad, una sabiduria, una santidad, y una ciencia divinas, y estos dotes eran en él superiores al hombre: aun su mismo cuerpo daba muestras de la divinidad que en él habitaba; y en algun modo puede decirse, que su hermosura, y magestad eran divinas: que Dios no solamente se havia unido à aquella parte criada, y sensible, sino que en ella se havia hecho como corporal, y sensible. Este es el sentido que dan muchos Expositores à aquellas palabras de San Pedro: *In quo inhabitat plenitudo divinitatis corporaliter.*

Y à la verdad, dice San Geronimo, escribiendo à Santa Principia, era preciso que en el rostro, y en los ojos del Salvador, huyese alguna cosa divina, por-

porque à no ser asi, no se huvieran dado tanta priesa los Apostoles à seguirle, inmediatamente que los llamó, pues siendo unos hombres rusticos, solamente podian ser movidos por los sentidos. Quando de orden de los Pontifices fueron à buscarle para entregarle á Pilatos, dice el Evangelio, que era de noche, y que llevaban luces los Ministros; pero esto no obstante, se deslumbraron los Soldados con el resplandor de su rostro, y aun muchos Santos Padres aseguran, que el susto que les ocasionó este resplandor, fue el que los hizo caer en tierra. Pero el Misterio de este dia, lo que sucedió en Bethlem à la llegada de los Magos, nos dá una idea mucho mas sensible que todos estos exemplos, de la augusta, y magestuosa hermosura de Jesu-Christo. Apenas le vieron estos Reyes entre los brazos de Maria, quando heridos de no sé que rayos, que salian de su persona, olvidados de su clase, y magestad, se postran delante del pesebre, y le adoran con señales del mas profundo respeto: *Et procidentes adoraverunt eum.* Si la Magestad de Jesu-Christo pudo hacer este prodigio en una edad en que solamente podia manifestarse su calidad muy debilmente, ¿qué no haria despues, quando los rasgos de su hermosura llegasen à toda su perfeccion? ¿Qué magestad tan extraordinaria seria la suya, aun en aquella edad, pues hizo que no se advirtiesen en él las flaquezas que la son propias, y pudo inspirar unas ideas tan opuestas à las que inspira la infancia? ¿Qué grande sería esta magestad, pues hizo una tan fuerte, y extraordinaria impresion en los Magos, no obstante las contrarias circunstancias en que se ha-

lla-

llaba, y que pudieran servir de obstaculo à tan extraordinario suceso?

La magestad, Catolicos, diga lo que quisiere la lisonja, no es en la mayor parte de los mas grandes Reyes, mas que una idea que deben à nuestra preocupacion, y al error de nuestros sentidos. Sus Palacios, sus Guardias, el gran numero, y los titulos de sus Oficiales, el augusto, y misterioso aparato con que son servidos, el Trono, la Purpura, y la Corona, todo esto nos ayuda à que nos engañemos à favor suyo, y à que nos persuadamos à que vemos en ellos alguna cosa que los distingue de los demás hombres: aqui no puede decirse, que semejante ilusion indugese à nuestros Reyes, à humillarse en la presencia de Jesus: el establo, el pesebre, la pobreza de Josef, y de Maria, no eran à proposito para deslumbrar à los hombres, ni para ayudarlos à formar ideas de una verdadera magestad: con todo eso, la magestad de Jesus brilla, y penetra las nubes con que está encubierta, y se dexa registrar en lo intimo del alma à la primera vista. Este prodigio es mas digno de admiracion, por quanto los Magos, al pasar por Jerusalem, havian visto al hijo de Herodes, y los honores, que le hicieron, nada tuvieron de adoracion: aquel pequeño Principe, havia nacido entre la Purpura, habitaba en un sobervio Palacio, la magnificencia de sus vestidos, la servidumbre de una numerosa Corte, y todo quanto le rodeaba, estaba anunciando el heredero de un gran Rey, y no obstante toda esta pompa, no se mueven nuestros Magos à doblar la rodilla delante de su cuna: San Fulgencio dice, que ni aun se dignaron

de

de darle las mas leves señales de respeto, y que le despreciaron: por el contrario, Jesus, constituido en el estado mas remoto de este aparato de grandeza, se grangea desde luego todos sus respetos; y van à buscarle al seno de la probeza, al mismo tiempo que la pompa, que rodea à los otros, los dexa en el desprecio: *Ille natus in Palatio contemnitur, iste natus in diversorio quæritur: ille à Magis nullatenus nominatur, iste inventus suplicitér adoratur.*

¿Quánto debemos à Dios, Catolicos, por haver guiado à estos grandes hombres al pesebre de su Hijo? El zelo de los Pastores es para nosotros de mucha edificacion; pero aún nos dá mas utiles lecciones el de los Magos; porque además de ser éstos las primicias de las Naciones, y de abrirnos à todos un camino, que hasta entonces havia estado cerrado, si para sostener nuestra fé, no huvieramos tenido mas testimonio que el de los Pastores, nuestra fé siempre huviera sido flaca, y dudosa: pudiera decirse, que aquellos hombres rusticos havian tenido un sueño por aparicion, y que preocupados con el pensamiento, de que los havia hablado un Angel, hallaron en el Niño quanta grandeza, y magestad los pudo figurar su imaginacion; pero despues que los Magos estuvieron en el establo de Bethlem, ya no queda pretexto alguno à las dudas, y desconfianzas de los incredulos: los Magos no eran Pastores, ni hombres rusticos; eran unos Reyes, que no querían exponerse à la befa de todo el mundo; viniendo desde tan remotos Países, à postrarse à los pies del Hijo de un pobre Carpintero, y asi, estaban verdaderamente persuadidos, à que aquel Niño era mas

de lo que manifestaba su nacimiento temporal. Los Magos eran Sabios, y segun las apariencias los mas Sabios de su Nacion; eran muy versados en la Astrología: vieron una Estrella, y la vieron todos tres; no la vieron una vez sola, ni por un solo instante, sino que les apareció en su País, en donde tuvieron mucho tiempo, para examinarla antes de ponerse en camino, y la misma Estrella los guió al establo: además de que estaban tan seguros de lo que creian, que sin dudar, preguntan publicamente en Jerusalem, ¿dónde ha nacido el Rey de los Judios? Y aunque en aquella Capital nadie havia oído hablar de este suceso, no por eso temen ser engañados: hallan por ultimo à este Rey en el mismo seno de la pobreza, entre los brazos de una Madre pobre, sin mas aparato que el de sus virtudes, y nada de esto los asusta, antes bien, heridos con la hermosura, y magestad, que despedia su celestial rostro, se postran à sus pies para adorarle: *Et intrantes domum, invenerunt puerum cum Maria matre ejus; & procidentes adoraverunt eum.*

Al vista de este exemplo me parece, Catolicos, que no havrá entre nosotros, quien reuse ir à reconocer al Hijo de Dios entre los brazos de Maria, en el pesebre en que se dignó nacer; pero antes de que vamos à cumplir con una obligacion tan justa, ¿quereis que os diga cómo quiere ser adorado? *Venit hora, & nunc est quando veri adoratores adorabunt Deum in spiritu, & veritate; & Patres tales quærit, qui adorent eum.* Jesus busca verdaderos adoradores, esto es, unos hombres que le adoren con el espiritu: si se contentára con ceremonias

exteriores; si solo quisiera inciensos, y ver inundado su establo con la sangre de las víctimas, no huviera hecho venir desde tan lejos à estos Principes, que veis postrados delante de su pesebre: los Judios eran la Nacion mas à proposito, para tributarle esta especie de cultos; pero luego que el Salvador se hizo visible à los hombres, les pide à estos un culto invisible, y unos sacrificios espirituales, cuyo uso ignoraba el Pueblo Judio.

Cuidad, Catolicos, de que no se reduzca toda vuestra Religion, como la de aquel Pueblo, à acciones puramente exteriores, y sensibles: el asistir à los Divinos Misterios, oír la palabra de Dios, ayunar, participar de la Sagrada Mesa, y rezar muchas oraciones, son unos ejercicios muy santos, y christianos; y es indubitable que con ellos honramos à Dios, y si su Magestad no nos pidiera mas, pudiera muy bien decirse, que tendria verdaderos adoradores, sin ser necesario que los buscasse; pero pide tambien à los hombres, que le sacrifiquen sus deseos, sus inclinaciones, y sus repugnancias; que elijan para víctima al idolo de su corazon, lo que mas les agrada, lo que mas aman, y lo que adoran. La muger avara facilmente se priva del uso de los adornos; la vana no tiene dificultad en ser caritativa con los pobres; pero estos sacrificios son imperfectos. El verdadero sacrificio en una muger vana sería reducirse à la sencillez propia de su estado, y en la avara el dár limosnas. El hombre colerico, y vengativo, facilmente se abstiene de las pasiones amorosas; y el que es inclinado à los deleytes, no tiene mucha dificultad en perdonar una

injuria; pero si el vengativo cuidára de abortecerse à sí mismo solamente, y el sensual de no amar mas que à Dios, ambos serían perfectos adoradores: estos son los adoradores que Dios busca, Catolicos: *Et Pater tales quærit, qui adorent eum;* pero halla muy pocos, aun entre aquellas personas que hacen profesion de la virtud, y que parece viven absolutamente entregadas à su servicio; y quando halla algunos, es indecible, cuánto los favorece, cuánto los ama, y cuánto los distingue de todos los demás: es indecible, lo que hace para manifestarlos, lo grato que le es su sacrificio: no me atrevo, Señores, à convidaros à todos à que abrazeis un exercicio, que tan directamente guía à la destruccion del amor propio, aunque desearia veros à todos seguir este camino; pero pido con todo mi corazon à las personas, que se sienten llamadas à la practica de la virtud, que no sigan mas camino que este: que se examinen à si mismas, y procuren descubrir sus pasiones, y los movimientos de su corazon, y se dediquen à reprimirlas: que estén dispuestas à ofrecer al Señor en sacrificio, lo que la naturaleza quisiera reservarse para sí: creedme, Catolicos, los demás caminos no solamente son largos, sino tambien peligrosos; por este se vá con seguridad, y en muy poco tiempo se hacen grandes progresos: es verdad que es estrecho, y penoso, pero nos lleva muy presto à Jesu-Christo, y luego que le hallamos, las espinas se mudan en rosas, y los trabajos en placeres: empezamos à gozar desde esta vida una felicidad perfecta, y estamos seguros, de que hemos de poseer en la otra los bienes eternos. Amen.